

## Bueno es el coñac... ¡pero no tanto!

Luko Hilje Quirós

En la época en que ocurrió la Campaña Nacional, era común que la gente tomara licor casi a diario, ya fuera en las taquillas o cantinas, o en su casa. Y, por supuesto, lo había de varias calidades, desde el aguardiente clandestino hasta los finos coñacs importados, cuyo consumo dependía de los ingresos de cada uno. Así que, cuando sobrevino la guerra contra el ejército filibustero de William Walker, el licor era parte de la "canasta básica" de nuestras tropas, junto con bebidas como el aguadulce, el café y el chocolate. Por eso, fue muy oportuno que el comerciante alemán Carlos Johanning -imposibilitado de asistir al frente de batalla, como otros de sus paisanos- donara nada menos que 30 cajas de coñac a nuestro ejército, aunque no hubo tiempo de que el cargamento llegara allá.

De hecho, un combatiente relataría que el 19 de marzo de 1856, cuando fueron informados de la presencia del enemigo en Santa Rosa, deseosos de enfrentarlo y expulsarlo de nuestro territorio para siempre, *“todos a una voz exclamamos: ¡Viva Costa Rica! ¡Muera el invasor de nuestro suelo! Y dando un beso [trago], jefes, oficiales y soldados, a nuestras cantimploras, llenas de coñac “Martum”, partimos aceleradamente”*.

Sin embargo, semanas después de los vibrantes triunfos en Santa Rosa y Rivas, el júbilo se había disipado, por los indetenibles estragos del cólera. En medio de tanto dolor y desconsuelo, el 14 de mayo el Dr. Karl Hoffmann -médico alemán que de manera voluntaria se sumó de nuestro ejército-, publicaba en la prensa varias recomendaciones para enfrentar este mal. Una de ellas era verter de 20 a 30 gotas amargas en coñac o vino, a lo cual le denominó medicina anti-colérica, mixtura tónica o esencia tónica.

Aunque el origen bacteriano de esta enfermedad se desconocía entonces, hoy se sabe que el bacilo es muy susceptible a los licores finos, y muere casi de inmediato al hacer contacto con ellos. Eso sí, esto funciona solamente de manera preventiva, antes de que la bacteria alcance el intestino, y explica que algunas personas que consumían coñac con sus comidas, de manera inadvertida se libraron de caer postradas y morir. Asimismo, con la experiencia adquirida durante la epidemia, para la segunda etapa de la Campaña este

medicamento ya formaba parte del botiquín de nuestro ejército.

Es cierto que durante la epidemia murieron unas 10.000 personas, pero sin esta medicina tal vez habrían muerto muchas más. Una evidencia indirecta de su efecto positivo es que se le daba coñac a quienes debían manipular cuerpos -impregnados con residuos de las profusas diarreas que habían causado su deshidratación y muerte- y apilarlos en carretones. Por ejemplo, en esos tétricos días, el ministro Joaquín Bernardo Calvo solicitaba al director del Hospital San Juan de Dios “*entregar al señor jefe de policía don Benito Dengo doce botellas de coñac para los presidiarios que conducen los cadáveres al Cementerio*”. Es decir, ellos y los sepultureros eran las personas más propensas al contagio, y aún así sobrevivían, gracias al coñac.

De seguro que, además de la gran confianza que se le tenía al Dr. Hoffmann, la observación de esta especie de inmunidad en quienes manipulaban cadáveres, hizo que algunas personas razonaran que de veras el coñac era bueno para evitar el cólera. Y entonces decidieron automedicarse y, para no correr riesgo alguno, exceder las dosis recomendadas. Más de uno debe haber llegado a deshoras al hogar, e interrogado por su esposa acerca de sus correrías nocturnas entre amigos y tragos, tambaleante haber respondido, arrastrando vocales y consonantes: “*¡Eess que no te imaginááss el miedo que tengo de enfermarme del cólera!*”.

Al parecer, la noticia se difundió pronto y rápido, y el número de adeptos a tan apetecible medicina se incrementó con inusitada celeridad. Tan fue así, que apenas una semana después de que el Dr. Hoffmann había emitido su sabio y oportuno consejo profesional, en el *Boletín Oficial* aparecía la siguiente advertencia de parte del gobierno: “*Muchos son los que se medican en sana salud, y no pocos los que hacen un uso pernicioso de las gotas amargas y el coñac*”. Es decir, muchos ciertamente se curaban en salud, y ya la medicina arriesgaba con volverse igual o peor que la enfermedad.

Y es que, de veras, bueno era tomar coñac... ¡pero no tanto!



**Para saber más:** Hilje Quirós, Luko. 2007. Karl Hoffmann, Cirujano Mayor del Ejército

